

HISTORIA DE APARECIDOS, DESAPARECIDOS Y ALGUNOS ESPECTROS QUE SÍ SON DE TEMER

Agustín García

CASO DESAPARECIDOS EN ALTAMAR, LA VELA DE CORO

Debido a la compleja situación económica y humanitaria existe un auge de migraciones ilegales por vía marítima, como es el caso de una embarcación sin nombre que zarpó el 7 de junio de 2019, a las cinco de la tarde, desde la costa de Agüide en Falcón, hacia la isla de Curazao, con 33 personas a bordo. A los pocos días se supo que uno de los tripulantes apareció muerto en una costa cercana y se desconoce el paradero actual del resto de los pasajeros.

Los primeros días las autoridades marítimas no prestaron el apoyo necesario para la búsqueda de los desaparecidos. Fueron los propios pescadores quienes indagaron por su cuenta. Los resultados fueron infructuosos, y tampoco hallaron rastro de naufragio alguno.

En Venezuela uno puede toparse con La Sayona, El Silbón, el *Ánima Sola* o con otros “aparecidos” condenados a vagar eternamente por los caminos, casi siempre para purgar algún crimen pasional. Pero en tierras de Falcón, ese tipo de experiencia tiene características singulares. Si uno se aventura por el istmo de Paraguaná, por ejemplo en el alucinado paisaje de Las Cumaraguas, con sus aguas que parecen teñidas de sangre, el encuentro puede ser con otra clase de espectro. Si hemos escuchado la historia de las *Ánimas de Guasare*, bastará entrecerrar los ojos para ver la procesión de pobres que allá por 1912 se lanzó al desierto huyendo del hambre y la sed.

Aquellos hombres, mujeres y niños se fueron muriendo en el camino. Los huesos de algunos quedaron ocultos por la arena de los médanos hasta que, varias décadas después, un viento caprichoso los dejó al descubierto. Así nació el culto a estas ánimas que, en lugar de espantar a los viajeros, se convirtieron en figuras protectoras de los falconianos.

*Ánimas, Ánimas de Guasare, por medio
de la presente súplica que te hace este corazón
afligido por los deseos y sinsabores del destino,
les pido me ayuden...*

Pero las peticiones que hoy llegan a su capilla, a medio camino entre Coro y Punto Fijo, incluyen ahora un nuevo tipo de angustia; una que se parece como ninguna otra a la que experimentaron aquellos que hace más de un siglo decidieron que ya no había nada que buscar ni esperar en su tierra.

Entre placas, fotografías, papelitos y velones, hay mensajes que suplican amparo para los emigrantes de hoy; para los que se van por tierra y por mar hastiados de un país donde prosperar es quimera y sobrevivir, una incertidumbre diaria. Curazao, a tan solo 155 kilómetros y menos de cinco horas de travesía, es el destino ansiado por muchos. Son los que se van con lo puesto, pues lo poco que tienen lo invierten en pagar un espacio en un peñero: divisas y cualquier cosa que pueda servir como "parte de pago" para completar el equivalente a 300 o 400 dólares por cabeza.

Son los que se van creyendo en las historias de quienes han llegado con bien o de los que regresan con algo ahorrado, y evitando pensar en las noticias de quienes fueron engañados, sufrieron abusos o simplemente encontraron una realidad muy distinta a la imaginada. Sobre todo, espantando las sospechas sobre esos que de pronto dejaron de llamar o enviar mensajes.

"¿Será que les va tan bien que se olvidaron de nosotros... de esta peladera... de este peladero?", es la pregunta que con media sonrisa se hace un muchacho que anda buscando el coraje para lanzarse a la aventura.

Y para tomar la decisión final hay que esquivar el peor de los miedos; el de no llegar ni a la primera base: de correr el destino de esos que hicieron la misma apuesta, se subieron a un barco y luego se convirtieron en titulares de periódico. Los que se esfumaron.

*Ánimas de Guasare,
llévenme con bien...*

Las ánimas paraguaneras no saben qué decir. Es que su reino no es de este mundo que tanto ha cambiado. En aquel tiempo de hambruna su enemigo era la naturaleza. Eran los conucos asolados por nubes de langostas o el fondo de los aljibes convertido en polvo. Pero el horror no eran los hombres, nunca el vecino, nunca ese con el que alguna vez jugaste o el primo con el que creciste, ni tampoco un extraño que llegara al pueblo gastando mucha plata y ofreciendo un pasaporte al paraíso.

¿Cómo podrían las ánimas entender este mundo en donde los seres humanos convirtieron la pobreza en un negocio? Un mundo donde, por ejemplo, hay pescadores que ya no lo son. Siguen navegando, pero ahora son piezas de una máquina que produce mucho dinero para unos pocos. Es la máquina que trafica con drogas, con armas y también, como una mercancía más, con los migrantes.

Con las personas el negocio puede ser relativamente modesto, pues lo recaudado por concepto del pasaje para llevarlas de costa a costa suma en un viaje estándar menos de 15 mil dólares. Restemos las "vacunas" que hay que pagar y los muchos gastos operativos: "captadores" que identifican, seducen y convencen; los que coordinan las negociaciones con las autoridades para que hagan lo que tienen que hacer (no hacer nada), los que prestan casas para guardar la mercancía –la que respira y la que no–, los que alquilan embarcaciones y motores, los choferes... en fin, los números no cuadran para hablar de una ganancia suculenta. Por eso cada expedición suele ir acompañada de su complemento de rigor: "una vuelta".

"Hacer una vuelta" no es más que multiplicar la rentabilidad con una carga de drogas. Pero el negocio puede ser todavía mejor, mucho mejor, si entra en juego la macabra acción de los que se especializan en robarte tu

identidad y convertirte en bestia de trabajo, ya sea para alimentar la trata sexual o el trabajo forzado.

La obsesión

“Imagine por un instante que tuviera perdido al ser más amado por usted y no supiera otra cosa más que se encuentra desamparado en algún lugar. Solo y sufriendo lo indecible a merced de la maldad de otro: Diga: ¿le abandonaría a su suerte?, ¿se rendiría? o, si la adversidad está detrás de esa realidad: ¿no desearía saber...?”.

Jhonny Romero Sarmiento no se atreve a cerrar la frase. Esa posibilidad lo ha atormentado desde el día en que su hijo de 26 años, de su mismo nombre, desapareció junto a otras 33 personas supuestamente embarcadas en junio de 2019 con rumbo a Curazao. Desde el día en que su vida y la de otros familiares de desaparecidos se convirtió en una obsesión. Solo así, con una obsesión ciega y refractaria, ha podido perseverar ante un sistema policial y de justicia que deja en ridículo a la palabra kafkiano.

Convencido de que hay un hilo conductor entre la media docena de casos similares ocurridos en el país durante los últimos tres años, Jhonny y otros afectados promovieron la creación del Comité Nacional de Familias Víctimas de las Desapariciones y Trata en las Costas de Venezuela. Hoy es un destacado activista, condecorado ya con un primer y afortunadamente breve carcelazo.

Sin descanso han protestado la crónica inoperancia del Ministerio Público y del CICPC, entre otras tantas instituciones, y no ha quedado puerta nacional o internacional que no hayan tocado en busca de apoyo. Y aunque no han logrado su objetivo final, han hecho el ruido suficiente para que ya nadie crea en la hipótesis de un simple naufragio y para que el caso llegue a resonar, por ejemplo, en la voz de la comisionada de la ONU Michelle Bachelet en su denuncia sobre la penetración del tráfico internacional de personas en Venezuela.



Integrantes del El Comité Nacional de Familias Víctimas de las Desapariciones y Trata en las Costas de Venezuela (Confavidt) se concentraron frente al Ministerio Público en Coro para exigir respuesta a la fiscalía sobre la desaparición en alta mar de sus familiares. Fotografía de Crónica Uno.

Como cualquier padre de un desaparecido, Jhonny comenzó por negar la idea de la muerte sin otro argumento que su intuición; y ahora, dos años después, tiene el absoluto convencimiento de que su hijo está vivo, al igual que muchos otros de los desaparecidos, retenido en el extranjero contra su voluntad.

Llegar a esta certeza solo ha sido posible gracias a un trabajo de investigación sistemático sobre lo que ocurrió antes, durante y después del 7 de junio de 2019: una trama de simulaciones, complicidades, traiciones y enigmas que solo en parte se ha podido desentrañar.

Un mes antes...

Como ocurre siempre en estos casos, llegar a la noche en que finalmente un grupo de 30 o 40 personas suben a la embarcación que les sacará de Venezuela es en sí mismo un accidentado viaje lleno de aplazamientos.

Esa espera de varias semanas es parte del negocio. Con la excusa de que se están haciendo los “cuadros” con las autoridades de Venezuela y Curazao, el tiempo se aprovecha a menudo para exprimir más dinero a los viajantes. Todo un juego de nervios, con variedad de excusas poco creíbles: mal tiempo, problemas con los motores y hasta consideraciones de seguridad como la falta de unos salvavidas que al final nunca aparecen.

Son muy ingeniosos en su juego de simulaciones, como se demuestra en el caso de La Vela un mes antes de la noche del zarpe. Los migrantes y sus familiares son convocados por uno de los organizadores, Danny González, miembro de una pareja de hermanos conocida como los Picapiedra. La excusa es afinar detalles del viaje y, sobre todo, recibir pagos pendientes. La reunión ocurre en plena calle y de pronto, cuando ya el hombre se ha embolsillado varios pagos en divisas, irrumpe dramáticamente un vehículo del que baja un hombre armado. Se identifica como CICPC y se lleva al Picapiedra arrestado, con las manos en la nuca.

Aparecen aquí por primera vez las siglas de nuestro Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas, que fatalmente se repetirán a lo largo de esta historia dejando una estela de miedo y corrupción.

Los organizadores del viaje, muy apenados, alegan que lo ocurrido les impide honrar su compromiso. Dan los reales por perdidos y, por supuesto, los que quieran continuar el plan deberán pagar un sustancial complemento. No cuentan, sin embargo, con que entre las víctimas hay uno tanto o más astuto:

“Compa, présteme el celular que tengo una llamadita muy urgente...”

En el teléfono están los mensajes y llamadas entre el supuesto preso y el funcionario que le arrestó, lo que permite demostrar que están conchabados y que todo, en fin, ha sido un auto-robo.

Queda así comprobada la calaña de los “agentes de viaje”, pero los pasajeros no tienen más remedio que seguir adelante. Como cabe esperar, en este negocio no se hacen devoluciones.

Una loba entre lobos...

En las noches previas a su posible partida, los migrantes descubren algo sorprendente. Aunque el “capitán” de la expedición es un sexagenario conocido como El Pechón, pronto queda claro que el verdadero don de mando lo tiene una jovencita de apenas 21 años de edad.

La chica está embarazada y junto a su barriga hay siempre una pistola. Sobre el dorso de su mano derecha, un tatuaje de enrevesada caligrafía muestra el nombre de su manada: “Los Lobos”. Cuando atiende el celular mantiene fluidas conversaciones en papiamento que acen-túan su aura de autoridad. Todo un valor agregado para la empresa.

Hoy sabemos que se trata de Asereth Paola Gutiérrez. Podríamos decir, para usar un término de moda, que es una chica bastante “empoderada”. Ha vivido en Cura-

zao y allí fue pareja del jefe de una banda “multipropósito” denominada Los Lobos, sin que eso le impidiera mantener una relación paralela con otra chica de la organización. Luego, en enero de 2019, se instala en Falcón y pasa a ser la compañera —quizá no muy sentimental— del Pechón.

En las redes sociales hace gala de su espíritu libre, posando como una modelo, frunciendo la boca y mostrando un pistolón de esos con cargador extendido tan frecuentes en la iconografía delictiva.

Pero Paola pronto comprobará que entre lobos no hay lealtades. Su destino es incierto y la única pista de su existencia llega dos meses después de las desapariciones a través de entrecortados mensajes de texto recibidos por aquella que fue su novia en Curazao:

“manaana... diosss... heyyy... rápido... fresa... no me dejes morir, no tengo much pa hablar... heyyy... no pude ser... nos están matando... quitan órganos y los venden”.

La noche de los hombres de negro

Los sucesivos aplazamientos ponen a prueba la paciencia y los recursos. Algunos, los menos, disponen de un vehículo que los lleve hasta Agüide, el solitario sector escogido para el zarpe, cada vez que se anuncia la partida. Pero muchos optan por pernoctar una o dos noches si la salida parece inminente. La frustración y la ansiedad se acumulan y hay quien exige su dinero de vuelta, por supuesto sin éxito. Los organizadores, picos de plata, se las arreglan para renovarles la ilusión, y los tranquilizan facilitando un lugar donde dormir.

El hijo de Jhonny Romero no pasa por este juego de desgaste. No está en sus planes inmediatos el embarcarse, pero el martes 4 de junio recibe un regalo envenenado. Una amiga llega a la casa y le ofrece su cupo en el viaje a Curazao. Curiosamente, ella sabe que la salida no será al día siguiente, como creen todos los demás, sino

el viernes siguiente, el 7 de junio. No quiere irse porque, según dice, la fecha coincide con su cumpleaños y no desea pasar su día en el mar.

En un par de casas cerca de la playa están concentrados casi todos los pasajeros. Fueron facilitadas por Chucho, un personaje de alto rango entre los organizadores. Danilo, el mismo Picapiedra del episodio anterior, luce nervioso y desaparece con la excusa de ir a comprar aceite. Nunca vuelve. Ya atardeciendo, llegan al lugar tres imponentes camionetas —dos Ford Runner y otra Chevrolet Cheyenne de doble cabina— de las que surgen ocho hombres vestidos de negro, encapuchados, con chalecos antibala y armados. Los funcionarios son, según los testigos, funcionarios del CICPC.

El operativo produce una desbandada y muchos logran huir, pero 17 personas quedan atrapadas en el lugar. Los de negro, como llaman aquí a este tipo de comandos, dicen que vienen por el Pechón, acusado de tener unos motores robados. Sin embargo, toda su atención se concentra en los aterrorizados pasajeros y el supuesto objetivo, al final, ni siquiera es detenido.

Tres muchachas amigas, oriundas todas de Punto Fijo, forman parte del contingente de migrantes. Una de ellas, que había salido a pasear, observa todo desde un escondite: ve cómo tres uniformados mantienen a varias personas tendidas en el suelo. Reconoce entre ellas a dos de los organizadores: el Wilo y el Chucho. Para los demás hay golpes y gritos amenazantes. Arrebatan pertenencias, toman fotos, revisan documentos y, de paso, exigen que les den comida y bebida.

Lo que no logra ver la joven de Punto Fijo es lo que en esos momentos, en una zona apartada de la playa, les está ocurriendo a sus dos amigas. Días más tarde ellas contarán cómo fueron torturadas por varios de estos hombres de negro. Les colocaron bolsas de hielo vacías en sus cabezas y amenazaron con asfixiarlas. Uno de los funcionarios colocó una pistola entre sus

dos cabezas, muy juntas, y disparó varias veces. ¿Hasta qué punto llegó el terror infringido? Basta con decir que ambas perdieron todo el control de sus esfínteres. ¿Por qué les hicieron esto? ¿Por pura y cobarde diversión? ¿Por una demostración de fuerza necesaria para su verdadero objetivo? No hay respuesta definitiva.

Finalmente todos los de negro se marchan con cuatro detenidos, incluyendo a dos rangos medios de la organización del viaje y a las dos jóvenes torturadas. Una de ellas alcanza a ver en el interior de una de las camionetas a Danilo, el Picapietra, el mismo que había desaparecido poco antes de llegar la comisión. Antes de irse, un encapuchado deja caer una frase:

“No se preocupen, porque esta lancha tiene que salir de todas formas”.

El joven Jhonny Romero está entre los que logran huir en los primeros momentos. Es encontrado solo, horas después, en medio de una solitaria carretera. Ni él ni todos los demás migrantes desisten de sus planes.

A la mañana siguiente –jueves 6 junio– los cuatro detenidos son liberados y regresan con los detalles del nuevo “cuadre” acordado mientras estuvieron detenidos por el CICPC.

El viaje puede realizarse bajo ciertas condiciones. La primera, el pago de una vacuna de 20 mil dólares. Ya el dueño de la lancha supuestamente pagó la mitad al contado, y el Wilo entregó una camioneta en garantía por otros 5.000. La diferencia será pagada a crédito con las ganancias del próximo cargamento.

Todo lo cobrado en pasajes no cubre la vacuna, pero para eso está “la vuelta”. El Pechón se jacta de que podrá cubrir sus deudas, obtener buena ganancia y hasta retirarse si “corona” con la mercancía. Los viajantes ya han sido informados de que, probablemente, la expedición hará una parada en una playa cercana, donde deberán desembarcar y esperar mientras se realiza una importante diligencia.



Jhonny Romero en una de las jornadas de CONFAVIDT, fotografía extraída de Internet.



La segunda condición, sin duda asociada a “la vuelta”, es que la embarcación debe zarpar al día siguiente sobre las cuatro de la tarde.

“Esa lancha no va a volver”

El día ha llegado. Todos, más de 40, acuden a la cita con la razonable confianza de que esa tarde, al fin, zarparán. Pero vaya que aún faltan sorpresas.

Allí está la embarcación, de esas que todos conocen como “boca de ballena”. Un hombre se dedica afanosamente a borrar del casco el nombre, frotándolo con papel de lija. ¿Por qué? Es la tercera condición impuesta por “los de negro”. Allí también está Paola, mandando más que nunca entre llamada y llamada, varias de ellas en papiamento. Pechón está más bien torvo y silencioso, muy serio, casi irreconocible pues no está ebrio ni drogado como acostumbra. Además, no ha venido en franela, bermudas y cholas como siempre, sino extrañamente bien vestido.

Hay un primer intento de partir con todos a bordo. Van muy apretados y solo nueve tienen chaleco salvavidas. A los pocos metros el barco hace aguas. No funciona bien el achique. Vuelven a la orilla y los organizadores concluyen que hay que aligerar peso. Paola dictamina que al menos diez personas tendrán que quedarse en tierra.

Como es de esperar ningún pasajero está dispuesto. La discusión es intensa. La vida, con sus ironías, hace que un hombre llamado Elio Ramones pronuncie esta frase: “De esta lancha no me bajan sino muerto”. Habla en serio. Se sabe que lleva un arma oculta. Irónicamente, Ramones está destinado a ser la única persona indudablemente fallecida en esta historia. Su cuerpo aparece días después en una playa de Curazao.

La discusión va subiendo de tono hasta que Paola, también armada, impone su autoridad:

“¡Pechón, bájate ya del barco!”.

Sin capitán no hay viaje. O se bajan diez o nadie sale. Poco a poco, tras muchas promesas de los organizadores, algunos van accediendo. Uno de ellos, al que llaman el Niño y va acompañado de una hermana y dos sobrinos, es el primero. Antes de apearse, les dice en voz baja: “Bájense... porque esa lancha no va a volver”. Las tres muchachas de Punto Fijo, a pesar del alto precio pagado por dos de ellas, también vuelven a tierra. Lo mismo hacen otros tres o cuatro pasajeros que nadie conocía. Eran viajeros de última hora traídos por los hermanos Picapiedra. Entre los últimos en desembarcar está Jhonny Romero. Había tomado la decisión correcta, pero salvarse no estaba en su destino.

La lancha parte de nuevo, esta vez con éxito, cargada con 33 personas. Antes de que se aleje demasiado, dos de los jóvenes que se han quedado en tierra se lanzan a nado y logran alcanzar la embarcación. Uno de ellos es Jhonny.

En la playa quedan el Chucho, Wilo y los Picapiedra junto a familiares y amigos de los viajeros y, también, junto al grupo de ocho personas que no saben la buena suerte que han corrido al no estar en esa lancha que desaparece en el horizonte. Nunca más sería vista. Sin embargo, un extraño diálogo debió advertirles que, como dicen allá, lo mejor es lo que sucede:

—Menos mal que se bajaron, porque esa lancha no va a volver.

—¿Y eso por qué?

—Por nada... es que Pechón se va a quedar en Curazao; este es su último viaje.

La pesadilla

Pasa la noche y la alarma se dispara al comprobar que nadie ha recibido noticias de los viajeros.

En la mañana, el capitán de una embarcación que venía de regreso a Falcón dice que se cruzó con Pechón a medio camino y afirma que iba solo, rumbo a Curazao:



Familiares de Confavidt protestan frente al Ministerio Público.
Fotografía cortesía de Efecto Cocuyo.

“No vi a nadie más con él”. Algunos pescadores también afirman haberlo visto en una playa al este de Agüide, partiendo en una lancha sin pasajeros. Algunos familiares reciben mensajes de voz según los cuales a los pasajeros los desembarcaron en otra playa cercana. Un audio en particular llena a todos de angustia. A pesar de lo que dice, la voz es extrañamente serena, casi burocrática:

“Ega, ve, voy saliendo de Agüide para la entrada de Mirimire, me comuniqué con esa gente y hablé con esa gente, la lancha la tienen secuestrada y todo; los muchachos los tienen secuestrados, porque hubo un 7,25 (...) que alguien pasó un dato que la lancha estaba bien equipada, tenía 2 motores, estaba nueva y entonces pasaron el dato y una gente ahí, una mafia los esperó que estuvieran en altamar y los secuestraron y se los llevaron...”.

La voz es de una mujer ligada al mundo policial, donde la conocen como la Coco. Su esposo, un ex policía, estaba en la embarcación. Ella podría ser una testigo estrella para aclarar este caso, pero nunca dejará que se le acerquen los familiares —una vez lo intentaron y ella huyó corriendo y se introdujo en una camioneta junto a varios hombres armados— y ni la Fiscalía ni el CICPC moverán nunca un dedo para interrogarla.

La angustia se vuelve conmoción ese mismo día cuando un medio de Curazao publica la aparición de un cadáver en sus costas, reportando que se trata de un tripulante de una lancha proveniente de Venezuela. Es Elio Ramones, a quien declaran muerto por inmersión. Poco después el cadáver es repatriado. El CICPC hace lo posible para que los familiares no lo vean, pero ellos se las ingenian para examinarlo durante el velatorio y encuentran en su nuca una perforación que las dos autopsias realizadas omiten y que, a su entender, es producto de un disparo.

Entre tanto, las familias de los desaparecidos exigen acción por parte de las autoridades venezolanas. La respuesta está llena de excusas: no hay personal, no hay

unidades de transporte terrestres y marítimas, no hay apoyo aéreo, no hay... no hay... Optan entonces por la protesta en carreteras y frente a la Capitanía de Puertos de La Vela de Coro, la Defensoría del Pueblo, la oficina del Ministerio Público y la Gobernación del Estado.

Logran apenas que una aeronave haga reconocimiento aéreo a partir del miércoles 12 de junio. Hay también algunos reconocimientos por tierra en la zona del zarpe, siempre evitando que los familiares acompañen a los funcionarios. Tres días después detienen la investigación y las familias no reciben ningún reporte oficial.

A una semana de la desaparición, el 14 de junio, las autoridades curazoleñas concluyen, tras una intensa búsqueda, que en sus aguas no hay rastro alguno ni de la embarcación ni de los tripulantes.

Están solos

Cada día que pasa los familiares van tomando más conciencia de su soledad. Saben que enfrentan una terrible mezcla de la ineficiencia de muchos con la complicidad de quienes no tienen interés en descubrir la verdad.

“Ya está bueno... miren, a esos muchachos se los tragó el mar... son cosas de la naturaleza, accidentes, cosas que pasan... dejen de echar vaina pues los que pueden salir envainados son ustedes...”.

Entienden entonces que la única investigación efectiva o al menos confiable será la que ellos mismos decidan hacer. A las familias se les impide el paso a la zona de Agüide y, si insisten, les amenazan con apresarles. Pero no se rinden. Encuentran apoyo “extraoficial” en algunos funcionarios de la policía local para incursionar “por los caminos verdes” hasta el propio sitio del zarpe.

Durante las siguientes semanas sortean alcabalas y “peines” tanto de las autoridades como de las mafias que en verdad controlan el sector. Se convierten en detectives sin licencia, sin entrenamiento, pero con una voluntad a toda prueba. Conversan, graban, anotan y progresivamente van armando el rompecabezas. Com-

Venezuela se ha convertido en fuente de materia prima para la trata internacional de personas con fines de explotación sexual y laboral.

prenden lo importante que es construir una “línea de tiempo” u obtener una “fe de vida” entre otros términos de la jerga criminalística que se les van haciendo cotidianos. Más tarde se convertirán en proveedores de fotos, datos y coordenadas para las autoridades, siempre intentando sacarlas de su inmovilismo.

Un hermano de Elio Ramones sorprende con una hipótesis, supuestamente avalada por fuentes de la Guardia Nacional: los desaparecidos están vivos y cautivos en algún lugar del sector conocido como San José de la Costa, en fincas propiedad de personas con mucho poder económico y político. Habla concretamente de fincas llamadas “Jota” y “Doña Ana”, cerca de Sanare. Pero pronto su versión cambia a otra muy distinta.

Orlando afirma ahora que todos los familiares estarían muertos y que los enterraron cerca de la segunda playa, es decir donde los dejaron para ir a hacer la “vuelta”. En la misma línea, meses más tarde, una vecina de Agüide, Neria Brett, dice que según su esposo, a quien llaman “el Lobo”, los desaparecidos están muertos y en unas fosas.

Sin embargo, varios indicios, incluyendo el mensaje enviado por Paola el 13 de junio, van reforzando la convicción de que los desaparecidos están vivos en alguna parte y de que esta tragedia se inscribe en un problema que otros varios casos irán poniendo evidencia: Venezuela se ha convertido en fuente de materia prima para la trata internacional de personas con fines de explotación sexual y laboral.

¡Apareció el primero!

En septiembre de 2019 aparece en las redes sociales la foto de uno de los muchachos desaparecidos: Juan Diego González Mustiola, y en la publicación denuncian que deambula por las calles de Valledupar, en Colombia, con signos de desnutrición y demencia. En su supuesto delirio, habla de secuestro y esclavitud. Aparece una segunda foto y sus padres, en Falcón, confirman sin lugar a dudas que es su hijo.

Ellos no están en posibilidades de ir a rescatarlo, cosa que sí hace el mismo Jhonny Romero con apoyo de la Cruz Roja Internacional y la Policía Nacional de Colombia. Pero había otros interesados en llegar primero. Alguien —no se supo quién— ya lo había llevado de regreso a Venezuela. El muchacho fue entregado a su familia y poco después recluido en un centro de salud mental. Sus padres, sin mayores explicaciones, se cierran completamente a permitir que sea contactado.

Ocho meses después, en abril de 2020, se difunde un audio relacionado con un caso lleno de parecidos con el de La Vela: el de la embarcación “Ana María” de Güiría, en el estado Sucre, desaparecida sin dejar rastro en su camino hacia Trinidad con 33 migrantes a bordo. Allí se devela el paradero de los viajeros, el destino de un niño nacido en cautiverio y la participación de una banda de tráfico y trata llamada “Los Gamardo”. Se relata que los familiares están vivos en Trinidad y Tobago, pero que están “bastante maltratados”; y que a los hombres los tienen traficando con drogas y a las mujeres las prostituyen.

El propio Jhonny Romero recibe, ya en enero de 2021, una noticia alentadora: el teléfono que su hijo llevaba el día en que zarpó está activo y alguien lo tiene en Holanda. Así como esta, luego se van sumando otras pistas que por diversas razones no conviene difundir, pero que en general apuntalan el convencimiento de que varios de los desaparecidos están con vida.

Y siguen...

A pesar de todo lo dicho, los familiares de los desaparecidos han visto cómo nuestro sistema de justicia desestima sistemáticamente las pistas, desaprovecha los testigos, pelotea continuamente responsabilidades y desgrana con desesperante lentitud unas pocas órdenes de detención. Muchos de los presuntos culpables han tenido tiempo de sobra para huir del país o hasta se dan el lujo de permanecer y seguir con sus actividades delictivas.

Pero los familiares no descansan ni se rinden. No están dispuestos a que los desaparecidos de La Vela de Coro se conviertan en una triste historia que contar a las generaciones futuras, como la de las Ánimas de Guasare. Para ellos no debe haber leyendas ni rezos, sino la simple, purísima y tranquilizadora justicia.

ESTADO DEL CASO EN AGOSTO

DEL 2021: *Los familiares de los desaparecidos crearon el Comité Nacional de Familias Víctimas de las Desapariciones y Trata en las costas de Venezuela (CONFAVIDT), para instar a los organismos competentes a que efectúen todas las averiguaciones y emprendan la búsqueda de sus parientes, se han detectados muchas irregularidades en el caso. Han sido detenidas 3 personas, pero son los de más bajo nivel dentro de las organizaciones delictivas dedicadas al tráfico de personas en la zona, y a pesar de las múltiples peticiones introducidas, la investigación sigue estancada, no apunta hacia los rangos medios y altos, y continúa la opacidad de información.*